

## **Título: EL ANCIANO DE BABEL**

**Seudónimo: REECE**

¡Coño Ahmed, mira por dónde vas, que pareciera que te persigue el diablo! Maldito crío, no tendría otro sitio en el que plantar el pie que no fuera en mi juanete. ¡Anda, que también yo! Me pregunto qué habrá entendido el muchacho al nombrarle al diablo, porque la verdad es que no recuerdo haber escuchado nunca a ningún musulmán hablar de Satanás. De Alá mucho e incluso de Mahoma, pero del diablo no. ¡A ver si es que en su religión no tienen demonio! Estaría bueno que nos hubiéramos pasado toda la vida asegurando que nuestra religión era la buena y tuviéramos a un paso otra que no tiene al tipejo ese de los cuernos y el tridente. Pues tengo que salir de dudas, porque estas cosas si no las aclaro no dejan de rondarme por la cabeza. Le preguntaré al padre de Ahmed, pero la verdad es que no me extrañaría. Al fin y al cabo, de una religión que promete a los suyos disfrutar en el paraíso de unas bellísimas vírgenes se podría esperar cualquier cosa.

Hola, Chang. ¿Ahmed? Sí, le acabo de ver. Iba como alma que lleva el diablo. ¡Vaya, otra vez, Lucifer! Bueno, no pasa nada porque este no entiende ni una palabra de castellano y cuando me habla es como si lo hiciera en chino. Que sí, que le acabo de ver, ya te lo he dicho. ¡Ah!, que no entiendes lo del alma y eso. Quiero decir que parecía que iba a apagar un incendio. ¿Tampoco? Lo siento, pero no sé de qué otra manera te lo puedo explicar. ¿Con ese chisme? Bueno, ya sabes que no termino de aclararme con esos aparatos que vende tu padre, pero podemos probar. A ver, yo creo que es mejor que ponga lo de apagar un incendio, porque lo del alma y el diablo lo mismo la maquineta no lo traduce bien, te dice que ha ido a confesarse y para qué queremos más. Bueno, digo esto porque creo que en la religión de Ahmed no se confiesan. Y, por cierto, ¿en la tuya? Sí, ya sé que no me entiendes, pero habíamos quedado que para eso tenías la maquineta, ¿o no? ¿Por qué pones esa cara al mirar la traducción? No me digas, qué no sabes lo que es una religión. Pues estamos buenos con el morito y el chinito. Menos mal que los tiempos del Domund y la Santa Infancia han pasado que si no la vecina del tercero os cogía y os bautizaba con el agua del lavabo. No, eso no es necesario que la maquineta te lo traduzca. ¡Anda!, baja a la calle a jugar con Ahmed, antes de que le dé una patada a la maquineta.

¡Mariana! ¡Mariana! Nada, que si quieres arroz Catalina. ¡Aún me toca subir hasta el cuarto! Menos mal muchacha, no sabía si estabas sorda o no estabas en casa. Quería saber si tu madre seguía cortando el pelo y, lo que es más importante, si sigue haciendo un precio especial a los vecinos y más especial todavía a los jubilados de larga duración. No sé de qué te ríes, porque eso es lo que soy y además por partida doble, pues llevo veinte años jubilado y espero serlo al menos otros tantos. Bueno, pues si no lo sabes, no te olvides de preguntárselo y respecto a la hora que no se preocupe, porque puede esquilarme cuando a ella le venga bien. Y a propósito, qué diantres haces en casa y no bajas a la calle a jugar con tus amigas. Sí, ya sé que tienes que cuidar del pequeñín. Bueno, a mí no me importaría pastorearlo hasta que regrese tu madre y así te distraes un rato. ¿Sí? Pues venga, bájamelo y no lo pienses más.

Pero, ¿qué pasa Baako? Otra vez llorando. Seguro que ha sido el borriquito de Ahmed que te ha quitado la pelota. ¡Diablo de chico! Tienes que plantarle cara y defenderte. No olvides que tus antepasados eran los jefes de la tribu. Me duele decírtelo, pero ahora que no nos oye nadie puedo hacerlo y lo hago. Ya sé que tus padres te dicen que no hay que pegarse con los otros muchachos, pero una cosa es pegar y otra bien distinta defenderse. ¡Tú verás!, Ahmed es un trasto y si ve que te acobardas se pasará el día dándote estopa. ¿Entiendes lo que te digo? ¿Sí? Pues venga, a recuperar la pelota y cuando le demuestres que eres más fuerte que él, entonces, le invitas a jugar contigo, que siempre es más divertido jugar con un amigo que hacerlo solo.

¡Hombre! Ya está aquí el pequeñín de la casa. Bueno, Jeremy, voy a cuidar de ti hasta que regrese tu madre. No pongas esa cara que sé lo que me hago. ¿O qué te piensas? Yo también tuve hijos y cuidé de ellos. Hasta les cambiaba los pañales, sin que ello quiera decir que tengas que ponerme a prueba, o sea que no te aproveches. Además, Mariana está en edad de jugar, no de hacer de mamá. Ya le llegará la hora y a poco que siga la tradición familiar antes de que a ti te salgan los dientes. Da gusto contigo. Digo dientes y rápidamente abres la boca y me enseñas los tres o cuatro que te han salido. Lo que digo, que los latinos del otro lado del océano sois muy precoces. Lástima que no sepas hablar y, mira, lo de los dientes me viene al pelo, porque hay un dicho en este país, no sé si también en el tuyo, que dice que Dios da pan a quien no tiene dientes. No, hijo, lo siento, no tengo pan y, además, no me refería a ti sino a mí, porque eres

el único niño del portal con el que podría entenderme y resulta que todavía no sabes decir ni siquiera mamá. ¡También es mala suerte!, aunque bien pensado todo tiene remedio. No sé qué te parecerá, pero acabo de decidir que te voy a enseñar a hablar porque no es por nada, pero me estoy haciendo viejo y cada vez me agota más pasarme el día hablando solo o tratando de interpretar el galimatías de lenguas del resto de los vecinos.

¿Estás preparado, Jeremy? Pues venga, que se note esa precocidad de la que hablaba antes. Mamáaa, mamáa, mamá... ¡Bravo, muchacho!